La Comédiathèque

Ella y Él

Monólogo interactivo

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Ella y Él

Monólogo interactivo

Jean-Pierre Martinez

Comedia de sketches sobre la apasionante aventura de la vida en pareja. Cada escena puede ser interpretada por la misma pareja o por parejas diferentes.

Entrada de los artistas
1 – Noche de bodas
2 – El tiempo de las cerezas
3 – Sin televisión
4 – Cuarentena
5 – Definición del amor (por descarte)
6 – Reencuentro
7 – ¿Carpaccio y Bacon
8 – Desaparición
9 – Las páginas deportivas
10 – ¿Adónde vamos cuando morimos?
11 – La temporada de lluvias
12 – Pequeños negocios
13 – La edad no perdona
14 – Pesadilla
15 – Los muebles
Salida de emergencia

Reparto
Ella
Él
Los dos personajes pueden ser interpretados por una misma pareja de actores a lo largo de toda la obra o por intérpretes distintos en cada sketch.

© La Comédiathèque

Entrada de los artistas

Se apagan las luces y se hace el silencio, como si la función estuviera a punto de empezar. Pero no ocurre nada, el tiempo suficiente para que cunda cierta incomodidad. Se ilumina un rincón del patio de butacas. Un hombre y una mujer que no se conocen están sentados uno junto al otro. Él consulta nerviosamente una guía de espectáculos y mira el reloj. Ella come palomitas de un recipiente enorme, de manera compulsiva y bastante ruidosa.

Él – Disculpa... ¿Sabes qué está pasando?

Ella *(encogiéndose de hombros)* – Estamos esperando a los actores...

Él – Hasta ahora eran los espectadores quienes llegaban tarde al teatro. Como empiecen también los actores...

Silencio.

Ella *(preocupada)* – ¿Me dejas ver tu guía? Por si han suspendido la función...

Él le pasa la guía. Ella no sabe cómo cogerla sin soltar el enorme recipiente de palomitas.

Ella *(ofreciéndole el recipiente)* – ¿Quieres?

Él vacila, pero acepta para dejarle las manos libres. Ella hojea la guía, sin aclararse. Él prueba unas palomitas y hace una mueca.

Ella – Perdona, estoy acostumbrada a otra guía de espectáculos...

Él – Y yo no soporto las palomitas...

Ella le devuelve su guía y recoge su cucurucho.

Ella – En cualquier caso, ya es tarde para ir al cine... Será mejor esperar.

Él – Espero que merezca la pena...

Ella *(inquieta)* – ¿Tiene malas críticas?

Él *(mirando hacia la sala)* – No hay demasiada gente...

Ella – Bueno, las críticas no lo son todo... A veces vas al teatro a ver una obra que los expertos ponen por las nubes. Dura horas y nadie se atreve a decir que se aburre, por miedo a parecer idiota. Después te explican que, si no te ha gustado, es porque no la has entendido.

Él – Con la comedia es más difícil. Si nadie se ríe, no pueden decir luego que solo los críticos entienden lo divertida que era.

Ella – ¿Eres crítico?

Él – ¿Tú no?

Ella – Actriz...

Él – Ah, claro...

Ella – Hoy en día parece que al teatro solo vamos los actores y los críticos. Uno de cada dos espectadores es actor. Pronto no sabremos ni dónde está el escenario...

Él – ¿Conoces la obra?

Ella – No... Pero sale una amiga mía. He venido a verla... para hacerle ilusión.

Él – ¿Es famosa?

Ella – Sobre todo hace teatro...

Él – Entonces... *(Con desconfianza)* ¿De verdad eres actriz?

Ella *(preocupada)* – ¿No te parece que actúo bien?

Él – ¡Sí, sí! Muy bien.

Ella – Actriz por la noche... y vigilante de museo durante el día.

Él – Con lo moderno que es el repertorio teatral, viene a ser casi lo mismo...

Silencio.

Ella – No tengo más palomitas...

Él – Como esto siga así, moriremos de hambre antes de que empiece la obra.

Ella – Parece que se han olvidado de nosotros...

Él – Dentro de unos años, alguien de la limpieza encontrará nuestros esqueletos sentados uno junto al otro, cogidos de la mano.

Ella – ¿Cogidos de la mano...?

Él – Al acercarse el final, quizá nos dé un arrebato de ternura. Somos como dos náufragos en una isla desierta. No tenemos mucho donde elegir...

Ella – ¿Crees que nos devolverán el dinero?

Él *(sorprendido)* – ¿Has pagado la entrada?

Ella – No...

Él – ¿Así que...?

Se levantan para salir.

Él – A lo mejor podemos volver otro día...

Ella – Suponiendo que siga en cartel...

Él – Iremos a ver otra.

Ella – ¿Es una invitación?

Él *(sacando una invitación)* – Tengo dos entradas.

Ella – Espero que esta vez empiecen puntuales... ¿Cómo se titula?

Él *(leyendo)* – Ella y él...

Ella – No parece muy alegre...

Él – No olvides volver a encender el móvil...

Ella – ¡Anda! Si se me había olvidado apagarlo...

Salen.

1. Noche de bodas

Ella y él se dejan caer en el sofá, visiblemente agotados.

Ella – Creí que no se iban a marchar nunca...

Él – Dicen que siete de cada diez parejas no tienen relaciones sexuales la noche de bodas. Ahora entiendo por qué...

Ella *(con picardía)* – Podríamos intentar desmentir las estadísticas...

Él – Te olvidas de que el avión sale a las seis y cuarenta y cinco... De un aeropuerto que está lejísimos...

Ella – ¿De un aeropuerto tan lejos?

Él – ¡Ya te lo dije! Conseguí los billetes en una subasta por internet...

Ella – ¿Por qué las compañías de bajo coste tienen que salir siempre de los aeropuertos más deprimentes y apartados? Claro que, después de semejante viaje hasta el aeropuerto, cualquier destino parece maravilloso. Incluso Bratislava...

Él – Dicen que Bratislava es preciosa... En primavera...

Ella – ¿No la estarás confundiendo con Praga?

Él – Están cerca, ¿no?

Ella – Las Seychelles son preciosas todo el año. Y te recuerdo que faltan dos meses para la primavera...

Él – ¡Las Seychelles! Ahí va todo el mundo...

Ella – Desde luego, una luna de miel en Bratislava es mucho más original... No encontraremos muchos recién casados en el avión. La única pareja que había confundido Bratislava con Brasilia puso los billetes a la venta en internet...

Él – Ya iremos a las Seychelles dentro de unos años... Para algún aniversario.

Ella – Sí, para nuestras bodas de plata... Cuando ya no pueda meterme en el bañador... *(Suspira)* La vida está mal organizada. Deberíamos heredar a los veinte, empezar a trabajar a los cincuenta, después de jubilarnos, y tener hijos a los setenta para no envejecer solos... Y dejar la boda para el último sacramento.

Él – Por otra parte, una vida sin suegra... ¿merecería realmente la pena?

Ella – ¿Crees que seguiré queriéndote dentro de veinte años?

Él – ¿Te quedará elección? Cuando no encuentres un bañador de tu talla...

Ella – Conozco a una chica que dijo «no» el día de su boda. De broma. Pensaba decir «sí» inmediatamente después... Pero a quien oficiaba la ceremonia no le hizo ninguna gracia. Tuvo que esperar seis meses para volver a intentarlo. Por lo visto, hay un plazo, como cuando suspendes el examen de conducir. No puedes presentarte otra vez al día siguiente. ¿Lo sabías?

Él – No...

Ella – Ha sido una boda bastante aburrida, ¿no?

Él – La gente no se casa para divertirse...

Ella – No me dirás que se casa para salir de madrugada de un aeropuerto perdido rumbo a Bratislava. Porque entonces empezaré a preguntarme por qué he dicho que sí... ¿En qué país está Bratislava, por cierto?

Él – A ver... Praga era la capital de Checoslovaquia...

Ella – ¡Ni siquiera sabes a qué país me llevas de luna de miel! Mi madre tiene razón: contigo no sé adónde voy...

Él – Espera... Praga es la capital de Chequia... Bratislava debe de ser la de Eslovaquia. O la de Eslovenia... ¡En cualquier caso, allí se paga en euros! Ni siquiera tendremos que cambiar dinero...

Ella – ¿Y tú seguirás queriéndome dentro de veinte años?

Él – ¿Cómo no voy a querer toda la vida a alguien que está dispuesto a seguirme hasta un país de la zona euro que ni siquiera conozco?

Ella – Si eso es una prueba de amor...

Un instante de ternura, interrumpido por él.

Él – No quiero meterte prisa, pero nuestro avión sale dentro de dos horas. Y el aeropuerto no está precisamente a la vuelta de la esquina...

2. El tiempo de las cerezas

Una pareja sentada en el sofá.

Ella – ¿Has visto? El cerezo está en flor.

Él – Otro año que ha pasado...

Silencio.

Ella – Somos felices, ¿verdad?

Él – Sí... *(Una pausa)* Pero nos aburrimos, ¿no?

Ella – ¿Juntos?

Él – En general.

Ella lo piensa.

Ella – Podríamos cambiar el sofá...

Él – ¿Qué haríamos con el viejo?

Ella – Irnos de vacaciones...

Él – No es época.

Ella – Organizar una fiesta...

Él – ¿Para celebrar qué?

Ella – ¡Que ha florecido el cerezo!

Él – Dicen que en Japón hacen eso en primavera. Invitan a sus amigos a contemplar los cerezos en flor mientras toman té, sin decir una palabra...

Ella – Tendríamos que darnos prisa. Las primeras pétalas ya están cayendo.

Él – Pétalos. Se dice «los primeros pétalos».

Ella – ¿Eso es lo que te preocupa?

Él – No, pero si vamos a invitar a alguien... *(Una pausa)* ¿A quién invitaríamos?

Ella – A unos amigos.

Él – La gente nunca tiene tiempo...

Ella – Basta con avisarlos con antelación.

Él – Los invitas a tomar algo y sacan la agenda. En vez de tomarnos una copa, nos ponemos a negociar una fecha. A la semana siguiente te llaman para cancelar y proponer otra... Cuando a mí me apetece tomar algo, es en ese momento. ¡Dentro de tres semanas puede que ya no tenga sed! Se ha perdido toda la improvisación...

Ella – Quizá sea porque a la gente le da miedo aburrirse...

Él – Ya verás. No podrán. Nos propondrán otro día y, para entonces, los pétalos estarán en el suelo.

Ella – Una alfombra de pétalos también es bonita...

Él – Hoy hace sol. ¿Qué tiempo hará dentro de un mes? Además de cuadrar las agendas, habrá que mirar la previsión meteorológica. Invitar a los amigos es más complicado que predecir un eclipse. No. Antes que arriesgarme a pasarlo bien con un montón de gente dentro de un mes, prefiero tener la certeza de aburrirme contigo ahora mismo.

Ella – Qué detalle...

Él – El otro día me dejó un mensaje mi mejor amigo. Hacía seis meses que no sabía nada de él. Lo llamé enseguida para proponerle un café. Me dijo que estaba ocupado y que ya me llamaría para buscar una fecha. Sigo esperando. Nunca llegué a saber por qué me había llamado...

Ella – Quizá se sentía un poco solo...

Él – No sé si la llamada le sirvió para sentirse menos solo. Dentro de seis meses volverá a llamarme y pasará lo mismo. ¿A eso lo llamamos amistad? Con internet ocurre igual: dicen que sirve para conectar a la gente. No le diriges la palabra a tu vecino, pero puedes conversar con alguien al otro lado del mundo en esperanto. ¿Conoces a mucha gente que hable esperanto?

Ella – Cuando era pequeña, mi vecino de enfrente y yo intentábamos comunicarnos en morse por las noches, con linternas. Tampoco funcionaba demasiado bien...

Él – Todo el mundo está ocupado siempre. ¿Qué pueden tener que hacer tan importante para no encontrar un momento para tomar algo con un amigo sin planearlo con semanas de antelación? Yo procuro estar disponible. Pero nadie tiene tiempo. Y me aburro... ¿Tú no te aburres?

Ella – Contigo, jamás...

Silencio.

Él – ¿Y si nos tomamos esa copa de todas formas?

Ella – ¿Los dos?

Él – ¿Estarías libre?

Ella – ¿Cuándo?

Él – Ahora mismo.

Ella – Sin problema.

Él – Voy a por los vasos.

Ella – Yo pongo los cacahuetes.

Llaman a la puerta.

Él – ¿Esperamos a alguien?

Ella – No. ¿Quién será a estas horas? Ya casi es la hora de cenar.

Él hace un gesto de que tampoco lo sabe.

Él – ¡Qué poca consideración! Ya no se puede estar tranquilo ni cinco minutos, ni en fin de semana.

Ella – Voy a abrir...

Él – No estoy para nadie.

Ella – ¿Y si es un amigo?

Él lo piensa.

Él – Dile que nuestro cerezo japonés sigue en flor... Y que vuelva cuando dé cerezas.

3. Sin televisión

Una pareja sentada en un sofá. La habitación no tiene ningún otro mueble. No hacen nada ni dicen nada. Se limitan a mirar al frente.

Ella – ¿Qué hay esta noche en la tele?

Él – No sé. ¿Por qué?

Ella – Por saberlo... *(Una pausa)* ¿Seguro que no quieres que compremos otra?

Él – ¡Cuando teníamos televisión no podíamos dejar de verla!

Ella – Para eso sirve, ¿no?

Él – ¡Estábamos completamente idiotizados! ¡No hacíamos otra cosa!

Siguen mirando fijamente delante de ellos.

Ella *(con ironía)* – ¿Y ahora qué hacemos?

Él – ¿Qué quieres que hagamos?

Ella – Nada...

Él – Ya es mejor que mirar la tele... *(Una pausa)* Cuando solo había un canal todavía tenía un pase. Pero ahora, con tantos...

Ella *(nostálgica)* – Cuando era pequeña no teníamos televisión. Iba a verla a casa de los vecinos...

Él – ¿Quieres que le pregunte al vecino si te deja ir a ver la tele a su casa?

Silencio.

Ella – Podríamos hablar.

Él le lanza una mirada preocupada.

Ella – Ya que no tenemos tele, podríamos aprovechar para hablar.

Él – Adelante. Empieza tú.

Ella lo piensa.

Ella – ¿Me quieres?

Él *(desconcertado)* – Podríamos empezar un poco más progresivamente, ¿no?

Él lo piensa.

Él – ¿Qué vamos a cenar?

Ella – Los miércoles toca pescado.

Él – ¿Pescado? ¿No era los viernes?

Ella – Los viernes toca pollo.

Él – Eso no es muy católico...

Silencio.

Él – ¿Qué pescado compro?

Ella – Ya voy yo. Tengo que comprar lentillas.

Él – ¿Lentejas? ¿Congeladas?

Ella – ¡Lentillas, para los ojos! En la óptica. Y últimamente no me apetecen nada los congelados...

Él – Hablando de congelados, ¿has oído hablar de ese hombre que quiso que lo congelaran después de morir?

Ella – Ya debía de estar bastante pirado... ¿Y si comprara caballa a la pimienta?

Él – ¿No picará demasiado?

Ella – Lleva pimienta.

Silencio.

Él – Si algún día me fueras infiel, ¿me lo dirías?

Ella le mira con sorpresa.

Ella – ¿Quieres decir si tú me fueras infiel, yo querría que me lo contaras?

Él – También, sí...

Ella – ¿Y por qué me preguntas esto?

Él – Por hablar... Como ya no tenemos televisión...

Ella lo piensa.

Ella – ¿Cómo quieres que conteste esta pregunta?

Él – Pues... sí o no.

Ella – ¿De verdad crees que es tan sencillo?

Él – ¿No lo es?

Ella – Contestar es aceptar ya la posibilidad de que me engañes.

Él – ¿Y?

Ella – Es como preguntarte: si te asesinara, ¿preferirías que después me entregara a la policía o que intentara escapar de la justicia?

Él parece no comprender qué tiene eso que ver.

Ella – Eso supone que me plantee tranquilamente la posibilidad de que me asesines. Esa es la verdadera cuestión. La otra es secundaria.

Él – Pero el adulterio no es un delito, ¿no?

Ella – El adulterio a veces conduce al crimen...

Él se queda pensativo, algo preocupado.

Él – ¿Así que si te engañara, podrías matarme?

Ella – En cualquier caso, si lo hiciera, después me entregaría a la policía. La justicia siempre ha sido bastante indulgente con los crímenes pasionales...

Silencio.

Ella – Así que te planteas tranquilamente la posibilidad de engañarme...

Él – El noventa y cinco por ciento de los animales son polígamos. Los demás solo forman pareja mientras crían a sus pequeños. Eso demuestra que la fidelidad no es algo natural...

Ella – No somos animales.

Él – Queda un 5% de animales monógamos. Eso no hace de ellos seres humanos. ¿Por qué la fidelidad tendría que ser un criterio de humanidad?

Ella – Es el fundamento de la familia, que es el fundamento a su vez de la sociedad.

Él – ¿Así que me eres fiel por civismo?

Silencio.

Ella – ¿Te cuesta tanto serme fiel?

Él – No... pero me estaba preguntando si la fidelidad tenía el mismo sentido para los hombres y para las mujeres.

Ella – Y entonces, ¿por qué crees que los hombres son fieles? Cuando lo son, claro...

Él lo piensa.

Él – ¿Para evitar las complicaciones?

Silencio.

Él – Me pregunto si no sería mejor comprar otra televisión...

4. Cuarentena

Ella está sentada en el sofá. Él entra.

Él – Es increíble. Acaba de llamarme otro amigo de la infancia para invitarme a su cuarenta cumpleaños. ¿Te lo puedes creer?

Ella – Si todos teníais veinte años más o menos a la vez, tampoco es tan extraño que ahora cumpláis cuarenta por las mismas fechas.

Él – Lo raro es que llevaba años sin tener noticias de ninguno... ¡Y ahora no para de sonar el teléfono!

Ella – ¿Vas a ir?

Él – Me asusta un poco. Hace tanto tiempo. Habrán cambiado, ¿no?

Ella – ¿Quieres decir físicamente?

Él – Físicamente, moralmente... Espero que no estén demasiado decrépitos.

Ella *(haciendo melindres)* – ¿Y yo? ¿Estás seguro de que no estoy demasiado decrépita?

Él – Contigo he tenido tiempo de acostumbrarme poco a poco. Pero verlos a todos de golpe... ¡Parece el regreso de los muertos vivientes! Es curioso ese impulso de reunirse cuando se acercan los cuarenta.

Ella – Se llama un cumpleaños, ¿no?

Él – Dicen que los animales se acercan a los humanos cuando presienten el final. Debe de ser algo parecido. Instinto gregario. *(Una pausa)* ¿Y qué demonios le regalo a este?

Ella – ¿Un seguro de decesos?

Él – ¿No es caro?

Ella – Lo decía de broma… ¿Y tú?

Él – Yo también.

Ella – No, digo, ¿tú piensas hacer algo por tu cuarenta cumpleaños?

Él – ¿Qué quieres que haga? ¿Se te ocurre alguna manera de impedirlo? Y por favor, nada de fiestas sorpresa. Si no veo a esa gente desde hace veinte años, por algo será.

Silencio.

Él – ¿Tú cuántos años tienes exactamente?

Ella le echa una mirada enfadada, sin contestar.

Ella – Podríamos invitar a los vecinos a cenar cualquier día.

Él – ¿Por qué?

Ella – ¡Por nada!

Él – Ellos nunca nos han invitado.

Ella – Si todo el mundo pensara así...

Él – Que seamos vecinos no significa que tengamos que ser amigos.

Ella – ¡Todos nuestros amigos viven lejísimos! Está bien tener alguno cerca...

Él – Claro, es práctico. Ahorras desplazamientos y reduces la contaminación. Casi podría decirse que hacerte amigo de los vecinos es ecológico.

Silencio.

Él – Y él, ¿qué hace exactamente?

Ella – No lo sé. Cada mañana lo veo salir con un maletín. No tengo ni idea de adónde va. La próxima vez le pregunto, si quieres...

Él – ¿Y ella?

Ella – Son muy discretos...

Él – Va a ser una cena apasionante, si no queremos parecer unos entrometidos...

Ella – Siempre podrás hablar de ti.

Él – Tienen niños, ¿no?

Ella – Todos los días salen tres niños de su casa para ir al colegio. Supongo que son suyos.

Él – Ah, sí... Uno pequeño, otro mediano y otro grande... *(Preocupado)* ¿Tenemos que invitarlos también?

Ella – ¡No! Les diremos que es una cena solo para adultos. Así se quedarán tranquilos.

Él – ¿Me hablabas de los vecinos de enfrente, verdad?

Ella – ¡Los de al lado! Los de enfrente se mudaron hace seis meses, después de divorciarse. ¿No viste el cartel de «Se vende»?

Él – No.

Ella – Además, no tenían niños.

Él – ¿De verdad?

Silencio.

Ella – Por cierto, ¿no nos toca hacer limpieza esta semana?

Él *(suspirando)* – La limpieza es lo que mantiene unida a una pareja. Al fin y al cabo, los dos compartimos casa y tareas domésticas... Y cuando somos tres, ¿cómo se llama eso? Un trío.

Ella – Tres también pueden ser una pareja con un hijo...

Él – Cada cual con sus fantasías.

Silencio.

Ella – ¿Entonces?

Él – ¿De verdad podemos permitirnos tener un hijo ahora?

Ella – No es cuestión de dinero, lo sabes muy bien… Además, no somos tan pobres…

Él – ¡Con una pandilla de críos, acabaremos siéndolo! Cuantos más hijos tiene una familia, más pobre se vuelve...

Ella – ¿No será al revés?

Él – Pues si los pobres dejaran de tener hijos, en una generación ya no habría pobres. Es pura lógica...

Ella – Pues empecemos por tener uno...

Él – ¿Y cuándo lo cuidaríamos? ¡Si ni siquiera tenemos tiempo de pasar la escoba!

Ella – Contrataríamos a alguien para limpiar.

Él – ¿Dónde lo pondríamos, al bebé?

Ella – Podrías trasladar tu despacho a otra habitación.

Él – Empieza muy bien... ¿Y tú? ¿Piensas dejar tu trabajo?

Ella – Contrataríamos a una niñera.

Él – ¿Además de la persona de la limpieza? ¡Eso ya no es un hogar, es una pequeña empresa! Y no sé si tengo espíritu empresarial...

Silencio.

Él – Ya no podríamos salir por la noche.

Ella – Contrataríamos a una canguro.

Él – Nunca me había dado cuenta hasta qué punto la natalidad tenía un efecto tan directo sobre el empleo.

Ella – Y sobre el consumo...

Él – Pañales, leche infantil, juguetes, médicos...

Ella – Nuevo coche...

Él – Tienes razón. ¡Este niño puede sacar al país de la crisis!

5. Definición del amor (por descarte)

Él *(a una mujer imaginaria)* – ¿Cuánto hace que nos conocemos? Veinte años por lo menos, ¿no? *(Pausa)* ¿Y por qué no nos hemos acostado nunca? Nos llevamos tan bien... ¡Hasta podríamos habernos casado! Es curioso, para mí eres un poco como una ex, aunque nunca hayamos salido juntos. Casi ocurrió una vez, ¿te acuerdas? Me emborrachaste. O fui yo quien te emborrachó, ya no sé. Acabamos en tu casa, completamente borrachos. Nos pasamos la noche riéndonos como idiotas... y se nos olvidó acostarnos. Quizá sea porque nos llevamos demasiado bien. Nos habría faltado algo de chispa. Nos habríamos aburrido a la larga. Está claro que nos reímos mucho juntos, pero no consigo imaginarme haciendo el amor con una chica que se ríe. Bueno, depende de cómo se ría. Una cosa es hacer reír a una chica para llevármela a la cama y otra acostarme con una chica que me hace reír a mí. Sería como acostarme con un amigo. Con una amiga, si lo prefieres. Y además no me gustan las rubias. Ya sé que ahora no eres rubia. Pero lo eras cuando nos conocimos. ¿Cómo iba a saber yo que no era tu color natural? No es que no me gusten todas las rubias... Depende. Tú eras demasiado rubia. Las chicas demasiado rubias me producen una extraña sensación. Física, quiero decir. Será cosa de la piel. Y ahora es demasiado tarde. Siempre te veré como una rubia que se ha teñido de castaño. Aunque tampoco eres castaña del todo... No sé ni cómo llamarlo. No es rubio, pero tampoco es moreno. No digo que no seas atractiva. ¡Si gustas a todo el mundo! Normalmente eso debería animarme. Pero contigo, no. No sé por qué nunca he sentido el impulso de acostarme contigo... A lo mejor eso es el amor. Quiero decir, ese no sé qué que hace que dos personas tengan ganas de acostarse... y, si la cosa funciona, de ir más allá. Fíjate, acabamos de definir el amor. ¡Por descarte! Ahora bien, ¿por qué me casé con mi mujer y no contigo o con otra? Para empezar, yo le gustaba a ella. Eso facilitó las cosas. Si no le hubiera gustado, ¿habría insistido? Y, si hubiera insistido, ¿le habría parecido bien? Nunca lo sabremos. El amor correspondido es más sencillo, pero tiene menos... ¿cómo decirlo? Quien vence sin peligro, triunfa sin gloria. Aunque a veces me pregunto qué vio ella en mí. ¿Tú tienes alguna idea? Podría preguntárselo, claro, pero... ¿y si me pregunta lo mismo? Hay asuntos que es mejor no sacar. Un poco de misterio siempre viene bien en una pareja. Sin exagerar, claro. Una vez salí con una chica. Al cabo de un año me dejó. Le pregunté por qué y me dijo que se aburría en la cama conmigo. ¡Un año! Hay que ver hasta dónde puede llegar la discreción. Pero entonces, ¿por qué estuvo conmigo todo ese tiempo? Ni se me ocurrió preguntárselo. Alguna razón tendría. O quizá mintió. Lo de la cama, digo. Por vengarse. No es que se me quedara herido el orgullo masculino... Es que me sorprendió. Yo más bien tengo fama de ser bueno en la cama. ¿Y tú? No, quiero decir... ¿de verdad no quieres contarme por qué nunca te he atraído? *(Nervioso)* No tienes por qué contestar, ¿eh?

6. Reencuentro

Ella llega, con una gran sonrisa.

Ella *(alegre)* – ¿Me reconoces?

Él *(volviéndose, incómodo)* – No...

Ella *(cómplice)* – Han pasado años, claro, pero...

Él – Ah, sí... quizá...

Ella *(un poco ofendida)* – ¿Quizá?

Él – Sí, sí, ahora me acuerdo... ¿Qué tal?

Ella – Bien. ¿Qué haces aquí?

Él – Pues, nada. ¿Y tú?

Ella *(preocupada)* – ¿He cambiado tanto?

Él – ¡Qué va! ¡No! ¿Por qué?

Ella – Hace un momento ni me has reconocido.

Él – Es que no esperaba encontrarte aquí.

Ella – Tú no has cambiado, ¿eh?

Él – Gracias...

Ella – ¿Y qué ha sido de tu...?

Él – Bueno... Todo sigue igual.

Ella – Siempre tan hablador, ¿eh?

No sabe qué decir.

Ella – ¿Hace mucho que volviste?

Él – ¿De dónde?

Ella – ¡De allí!

Él – Ah, sí... Pues... no.

Se sonríen torpemente.

Ella *(emocionada)* – Me ha hecho mucha ilusión verte otra vez.

Él – A mí también...

Ella – Me tengo que ir... Alguien me espera...

Después de una duda.

Ella – ¿Nos damos un beso?

Él – Vale...

Para su sorpresa, ella le da un largo beso en la boca.

Ella *(al borde de las lágrimas)* – Hasta otro día, quizá...

Él *(confuso)* – Quizás, sí...

Ella – Bueno... ¡Adiós, Pablo!

Ella se aparta de él, casi llorando.

Él – Pues, sí... Adiós.

Ella se marcha. Se despiden desde lejos. Él se queda solo.

Él *(desconcertado)* – ¿Pablo?

7. Carpaccio y Bacon

Una pareja contempla un cuadro invisible en una pared igualmente invisible.

Él – ¿Panini?

Ella – A ver...

Ella se acerca a leer la cartela del cuadro.

Ella – Carpaccio.

Él – ¿Ah, sí?

Contemplan un rato el cuadro y pasan al siguiente.

Ella *(juguetona)* – ¿Te atreves a adivinar?

Él – Venga...

Él mira el cuadro con mucha atención.

Él – ¿Miró?

Ella le echa una mirada para hacerle entender que no es.

Ella – ¿Miró? ¡El que no ve bien eres tú! Tendrías que graduarte la vista...

Él – ¿Milo?

Ella – ¿Milo? ¡Querrás decir Millet!

Él – ¡Eso! Siempre confundo El Ángelus de Millet con la Venus de Milo.

Pasan a otro cuadro.

Él – Ahora te toca a ti.

Ella mira el cuadro con mucha concentración.

Ella – ¿Manet...?

Él mira el nombre por debajo del cuadro para averiguarlo.

Él – ¡Monet!

Ella – Bueno, tampoco hay tanta diferencia, ¿no?

Pasan a mirar otro cuadro.

Ella – Mira, un Bacon...

Él le echa un vistazo, sorprendido. Luego los dos miran el cuadro.

Ella – Tiene buena pinta, ¿verdad?

Él – Sí, es...

Ella – Es Bacon.

Él – Sí...

Silencio.

Ella *(pensativa)* – A veces me pregunto...

Él – ¿Qué?

Ella – Si no supiera que es un Bacon, quizá me parecería espantoso...

Él la mira desconcertado.

Ella – Lo mismo pasa con todos estos cuadros. Si no supiéramos que valen millones... Imagínate que nunca has oído hablar de la Gioconda. La ves en un mercadillo por unos pocos billetes. ¿La colgarías encima de la chimenea? Esa mujer con esa sonrisa tan boba...

Él lo piensa.

Él – En cualquier caso... no tenemos chimenea.

Ella – Hemos visitado decenas de museos y cientos de exposiciones, y seguimos sin saber distinguir una obra maestra de un cuadro espantoso...

Él – Claro. En los museos solo exponen obras maestras. Una pena. Deberían reservar una sala para cuadros espantosos. Como una cata a ciegas. Así sabríamos si los demás nos gustan de verdad o solo porque nos han dicho que son buenos.

Ella – Además, los museos son un poco como las iglesias. Vas más por el ambiente...

Él – Por suerte, para practicar no hace falta creer... Como en el amor...

Ella le mira sin comprender.

Él – Quiero decir, como en el matrimonio. Mira, nosotros nos casamos por la Iglesia... Y eso que no creemos demasiado en Dios...

Silencio.

Ella – ¿Te acuerdas de nuestra primera cita? Me llevaste al Museo Picasso...

Él *(nostálgico)* – Sí...

Ella – Estábamos tan emocionados... Hasta la mitad de la visita no descubrimos que habíamos entrado en un museo de historia de la ciudad...

Él – Ya... Los edificios se parecían mucho por fuera...

Ella *(sonriendo)* – Yo empezaba a preguntarme por qué duraba tanto la etapa de los preliminares...

Él – ¿Los preliminares...?

Ella – Quiero decir... la primera etapa de Picasso.

Él – ¡Ah, sí...!

Silencio. Empiezan a irse.

Ella – ¿Has oído hablar de un pintor que trabaja bajo el mar?

Él no comprende muy bien.

Ella – Se pone un traje de buzo, instala el caballete en el fondo del mar y pinta corales.

Él – ¿Corot?

8. Desaparición

Una pareja está sentada en el sofá. Guardan silencio y parecen aburridos. Él busca algo sin encontrarlo.

Él – ¿Has visto el mando a distancia? Ha desaparecido...

Ella le mira sorprendida.

Ella – ¡Pero si ya no tenemos televisión!

Él – ¡Ah, sí, por supuesto...!

Silencio.

Él – ¿Qué harías tú si un día yo desapareciera?

Ella le mira otra vez, desconcertada.

Ella – ¿Como el mando a distancia?

Él – ¡Que no, no como el mando! Si yo desapareciera, ya sabes a qué me refiero...

Ella – ¿No te sientes bien?

Él – Sí, sí. Solo estoy planteando una hipótesis.

Ella – ¿No tienes una hipótesis más divertida?

Él – Soy mayor que tú. Lo lógico es que me vaya primero.

Ella – Sólo tenemos tres años de diferencia...

Él – Las mujeres viven más que los hombres. Y podría tener un accidente, un infarto, un cáncer...

Ella – ¡Yo también!

Él – Sí, pero soy yo quien preguntó primero.

Ella – Pues... no sé. Ya veremos. Me queda tiempo para pensarlo, ¿no?

Él – Más vale prevenir...

Él – Quiero decir, prever...

Ella le mira desconcertada.

Él – En cualquier caso, quiero que lo sepas: prefiero que me incineren.

Ella – ¿Y a qué viene eso ahora?

Él – ¡Después no voy a poder decírtelo! *(Una pausa)* Siempre me ha obsesionado la idea de que me entierren vivo. ¿Y a ti?

Ella – No debe de ocurrir muy a menudo...

Él – Basta con que ocurra una vez, ¿no?

Ella – ¿Y no te da miedo que te incineren vivo?

Él le mira con inquietud.

Él – Nunca lo había pensado... *(Una pausa)* ¿Crees que existe vida después de la muerte?

Ella – No sé si sería algo deseable...

Él – En cuanto al dinero, tú no tendrías nada de qué preocuparte...

Ella – ¿Por si acaso hubiera una vida después de la muerte?

Él – ¡Si yo desapareciera!

Ella – ¡Ah, sí...! Pues... no estaba preocupada.

Silencio.

Él – Si quisieras volver a casarte, lo entendería perfectamente...

Ella – Gracias.

Él – Aunque tampoco sería obligatorio casarte con él...

Ella – ¿Él?

Él – Con ese hombre con el que vivirías si yo desapareciera. Más te valdría conservar tu independencia.

Ella – ¿Mi independencia?

Él – Qué raro... No consigo imaginarte con otro...

Ella *(ofendida)* – ¿Crees que nadie querría vivir conmigo?

Él – Sí, sí, precisamente por eso. Creo que me pondría celoso.

Ella – ¿Cuando hayas muerto tendrás celos?

Él – Sí...

Ella – ¿Y si desapareciera antes?

Él *(de mala fe)* – Pues nunca lo había pensado. *(Un tiempo)* Si me volviera yo a casar, ¿te enfadarías?

Ella – No estaría aquí para verlo.

Él – Sí, pero... ¿tendrías celos...?

Ella le mira, sospechosa, pero no contesta.

Él – ¿Con quién me imaginarías?

Ella – Quieres que te presente una amiga mía, por si acaso. ¿Es eso?

Él – Cuando un niño se queda sin padres, tiene padrinos. Cuando un diputado muere o dimite, hay un suplente. Todo está previsto...

Ella – Y los coches tienen rueda de repuesto... *(Con suspicacia)* ¿No me estarás diciendo que ya me has buscado sustituta?

Él – No es tan fácil, ¿sabes?

Silencio.

Él – La ventaja de la bigamia es que, cuando muere una de tus esposas, solo te quedas viudo a medias.

Ella le mira atónita.

Ella – Sí...

9. Las páginas deportivas

Ella lee una revista. Él, aburrido, abre un periódico deportivo. Ella lo advierte con sorpresa.

Ella – ¿Ahora compras el periódico deportivo?

Él – ¿Y por qué no?

Ella – ¿Y... tienes intención de leerlo?

Él – Voy a echar un vistazo... Para saber...

Ella – ¿Saber qué?

Él – No sé... Veo a tantos hombres leerlo en el transporte público que quería averiguar qué tiene de fascinante...

Ella – ¿Y lo has encontrado?

Él – No...

Ella parece desconcertada.

Ella – ¿Te interesa el deporte?

Él – Muy poco...

Ella – Pues no es tan raro que no te interese leerlo...

Él cierra su periódico.

Él – Bueno, que te guste el deporte es una cosa. Pero sentir cada mañana la necesidad imperiosa de saber si el equipo de la capital ha ganado al de Bratislava por tres a dos o ha empatado... ¡Ni siquiera sé dónde está Bratislava!

Ella – ¿No es la capital de Eslovaquia?

Él – ¿Y tú cómo lo sabes?

Ella – O de Eslovenia...

Él – ¿Eslovenia? ¿Seguro que tienen equipo de fútbol? ¿No es un país muy pequeño?

Ella – Tampoco es el Vaticano.

Él – ¿El Vaticano tiene equipo de fútbol?

Él – Y ya que hablamos del Vaticano... ¿tú qué opinas?

Ella – ¿De la religión?

Él – Del matrimonio entre personas del mismo sexo.

Ella – Ah... No sé si eso es realmente una solución...

Él – ¿Una solución para quién?

Ella – ¡Para las parejas que quieren casarse, claro!

Ella hace una mueca para decir que no lo sabe. Él vuelve a leer su periódico deportivo.

Ella – ¿Y por qué te preocupa tanto, de repente, que los hombres lean la prensa deportiva?

Él – Supongo que necesito que me tranquilicen sobre mi virilidad...

Ella – Pues vas listo...

Él – Muchas gracias...

Ella *(para consolarlo)* – Oye, se puede ser hombre sin leer el periódico deportivo.

Él – ¿Tú crees?

Ella lo piensa.

Ella – No sé... ¿Quieres que te suscriba a una revista de coches?

Él la mira, preguntándose si le está tomando el pelo o no. Ella vuelve a leer su revista femenina.

Él – ¿Y tú?

Ella – ¿Yo qué?

Él *(señalando la revista)* – ¿Qué le encuentras de interesante a esas tonterías?

Ella le mira.

Ella – Tú también la lees.

Él – Solo en broma.

Ella – Pues yo no leo la prensa deportiva. Ni en broma.

Él *(inquieto)* – ¿Te parezco afeminado?

Ella – ¡Que no! Además, muchos hombres leen las revistas de sus mujeres. ¿Por qué crees que anuncian tantos coches en ellas?

Él – Ahora que lo dices, no veo muchos anuncios de lavadoras en los periódicos deportivos...

Ella – Eso que el fútbol ensucia muchísimo. Mira la cantidad de jugadores que anuncian detergentes.

Ella intenta volver a leer su revista, pero nota que él sigue preocupado.

Ella – ¿Te preocupa algo más?

Él – No... Pensaba en las diferencias entre hombres y mujeres...

Ella – Sí...

Él – Mira la ropa. Los pantalones ya no son exclusivamente masculinos, pero la falda sigue siendo cosa de mujeres.

Ella le mira incrédula.

Él – Lo mismo ocurre con los colores. Vosotras podéis vestir de gris o de rosa. Nosotros solo de gris. O de marrón... Y luego os quejáis de que no nos gusta ir de compras. ¿Habéis visto lo triste que es una zapatería de hombre?

Ella *(inquieta)* – ¿Quieres ponerte una minifalda rosa con tacones de aguja?

Él – ¡No! Solo lo estoy constatando. Compartimos el mejor de nuestros atributos masculinos y ¿qué hemos recibido a cambio? *(Abre el periódico con rabia.)* ¡Por lo menos nos queda el periódico deportivo!

10. ¿Adónde vamos cuando morimos?

Ella y él están sentados en el sofá.

Él – ¿Ya pasó el cartero?

Ella – ¿Esperas algo?

Él – Nada en particular... Pero siempre espero un milagro al abrir el buzón. Quizá me anuncien que he ganado un concurso en el que no he participado, o que una tía riquísima de cuya existencia no sabía nada ha muerto sin dejar otros herederos. O que me han concedido el Nobel por adelantado, en reconocimiento a la obra que todavía no he escrito... Cada vez que abro el buzón me siento como un niño delante del árbol de Navidad.

Ella – Sí... De mayores dejamos de creer en Papá Noel, pero seguimos creyendo en el cartero. Además, tienen cosas en común: los dos llevan uniforme, cargan con un saco, nos dejan sorpresas que abrir... y casi nunca los vemos.

Él – Bueno, al cartero sí que lo veo por Navidad, cuando viene a buscar el aguinaldo... (Suspira) Detesto la Navidad. Cada año hay menos felicitaciones y más esquelas en el buzón. ¿Por qué sigo esperando al cartero como si fuera el Mesías? Aunque, ahora que lo pienso, el padre del Mesías igual era cartero... Porque lo de la concepción milagrosa... Tampoco hay que creer en Papá Noel a estas alturas...

Ella – Para recibir cartas, primero hay que escribirlas. La mayoría de la gente solo recibe respuestas. Si no envías ninguna, no te extrañe no recibir ninguna... Creo que tú nunca me has escrito una carta.

Él *(irónico)* – ¿Quieres que nos escribamos de vez en cuando?

Ella le mira molesta.

Él – ¿Y qué nos diríamos? Sería como escribirme a mí mismo. En cierto modo, siempre escribimos un poco para nosotros mismos. Hay personas a las que mandas cartas interminables y, cuando las ves, descubres que no tienes nada que decirles. Escribir tiene algo de onanista...

Ella se sirve una copa y enciende un cigarrillo.

Él – ¿Fumas ahora?

Ella *(sorprendida)* – Sí... hace veinte años más o menos. ¿Nunca lo habías notado?

Un tiempo.

Él – ¿Sabías que cada cigarrillo te quita diez minutos de vida? (Ella no contesta.) ¿Cuántos fumas al día?

Ella *(irónica)* – Según mis cálculos, tendría que haber muerto hace seis meses. No me lo explico...

Él – Con el móvil pasa algo parecido. Dicen que hablar demasiado por teléfono tampoco es bueno para la salud... (Una pausa) Por cierto, ¿sabes qué me ha preguntado tu hija esta mañana mientras me lavaba los dientes?

Ella – No.

Él – ¿Adónde vamos cuando morimos?

Ella – ¿Y qué le has dicho?

Él – ¿Qué crees que le he dicho?

Ella – No sé.

Él – Justamente. Le he dicho que no lo sé.

Ella – ¿Y qué?

Él – Me ha dicho: «Pero, papá, ¡cuando nos morimos vamos al cementerio!»

Ella – ¿Y luego?

Él – Luego se ha vuelto a sus cereales, muy satisfecha de haberme enseñado algo. Y un poco sorprendida de que yo, a mi edad, no lo supiera... ¿No te parece increíble?

Ella – ¿Que te haya preguntado esto?

Él – No, me impresiona que los niños acepten respuestas sencillas a preguntas sencillas. Un profesor de filosofía habría empezado a hablar de metafísica, de trascendencia, de todo ese rollo... Y de Dios, en el peor de los casos. Los niños son mucho más prácticos. Además, son ateos por naturaleza.

Ella – Creen en Papá Noel.

Él – Claro, porque sus padres les aseguran que existe y les traerá regalos. Si no se lo dijeran, no se les ocurriría inventarlo. Si te prometieran que un benefactor anónimo te daría una paga extra cada Navidad, tampoco te apresurarías a poner en duda su existencia. Pero Dios nunca nos ha traído regalos por Navidad, y aun así hay adultos que siguen creyendo en él... ¿Tú crees que existe?

Ella – ¿Papá Noel?

Silencio.

Él – Lo increíble es que a tu hija no le asuste en absoluto la idea de acabar enterrada. A nosotros sí nos inquieta, ¿verdad? ¿Por qué a ella no? Esta noche tendré que preguntarle qué entiende exactamente por «cuando morimos vamos al cementerio»... (Una pausa) ¿Y tú cómo lo entiendes?

Ella le mira desconcertada.

Él – Quiero decir, ¿cómo crees que lo entiende ella?

Ella – Pues... esto.

Él – ¿Cómo que eso?

Ella – Pues que cuando morimos vamos al cementerio.

Él la mira sorprendido.

Él – ¿También tú crees eso?

Ella – ¿Por qué? ¿No te lo crees?

Él – Sí... pero...

Se ríe.

Él – Espera... ¿No me digas que para ti es igual de sencillo?

Ella – Pues... en cierta manera, sí.

Él la considera con una sonrisa condescendiente.

Ella – Hace un momento te parecía maravilloso no complicarse la vida y conformarse con respuestas sencillas a preguntas sencillas.

Él – Sí, pero... ¡no tienes cinco años!

Ella – Muy bien. Entonces contéstame tú: ¿adónde vamos cuando morimos?

Él parece pillado por sorpresa.

Él – Bueno... no es tan simple como parece, ¿no?

Ella – Te estoy escuchando...

Él – No sé... Es la cuestión del sujeto...

Ella – ¿La cuestión del sujeto? Querrás decir el sujeto de la cuestión...

Él se queda sin saber qué decir.

Él *(pensándolo)* – ¿Adónde vamos cuando morimos? A ninguna parte.

Ella – Pues sí...

Él – Bueno, si tú lo dices...

Ella – Incluso si no quiero...

Él – No, pero... Eso de que vamos al cementerio no significa nada. También puedes ir al cementerio estando vivo, dar un paseo y salir después a tomar algo. Además, puedes morir sin llegar al cementerio. ¡Basta con que no encuentren el cadáver! En ese caso ya no es verdad que todo el mundo vaya al cementerio al morir. ¿Ves como no es tan sencillo?

Ella – Muy bien... y si tu hija vuelve a preguntártelo, ¿qué le vas a decir?

Él – No sé... Le diré que cuando uno muere va al cementerio... por lo general. Siempre que encuentren el cuerpo. Los vivos también pueden ir al cementerio, pero... para los muertos es definitivo.

Ella *(consternada)* – Sí...

11. La temporada de lluvias

Él está sentado, medio dormido. Ella entra rebosante de energía.

Ella *(al público)* – ¿Has visto? ¡Han vuelto!

Él – ¿Quiénes? ¿Los espectadores?

Ella – ¡Claro! ¿Quiénes si no? ¿Unos extraterrestres?

Él la mira con cara de cansancio.

Ella – ¡Hoy me siento llena de energía! He dormido fenomenal.

Él – Me alegro...

Ella – Hay días así... Hoy me he levantado con buen pie.

Él – Mmm...

Ella – ¡Tengo tanta hambre! ¿Y tú?

Él – No...

Ella – Me siento como si hubiera tomado anfetaminas. Debe de ser la primavera. ¿A ti no te pasa?

Él – No lo sé... Nunca tomé anfetaminas...

Ella – Un rayo de sol, ¡y zas!, lo veo todo de color de rosa.

Él – Tienes suerte.

Ella – Debería haber nacido en un lugar donde haga buen tiempo todo el año.

Él – ¿Existe eso?

Ella – En los trópicos.

Él – Hay una temporada de lluvias.

Ella – ¡Ah, sí!

Él – Dura seis meses.

Ella – ¡Tanto tiempo!

Él *(señalando al público)* – ¿Por qué crees que en vacaciones todo el mundo va buscando el sol? En los trópicos, cuando llega la estación de las lluvias, se pasan meses bajo el agua.

Ella – Al menos allí sabes cuándo va a llover. Es más organizado que aquí: no tienes que preguntarte cada mañana si coges el paraguas, y cuando lo coges sabes que es para seis meses.

Él – En el Ártico el año casi se divide en dos: una larga temporada de luz y otra de oscuridad.

Ella – Siempre te queda la opción de hibernar, como los osos polares.

Él – Con el deshielo, te acuestas en otoño y te despiertas en primavera sobre un iceberg a la deriva...

Ella suspira.

Ella – ¿Y no existe un país con trescientos sesenta y cinco días de verano y el invierno repartido entre las noches? Total, por la noche dormimos...

Él – No existe.

Ella – Debería haber nacido en otro planeta.

Él – A veces me pregunto si no es el caso...

Guardan silencio y contemplan el horizonte.

Ella – Parece que se está nublando, ¿no?

Él – ¿Tú crees...?

Ella – Mira esas nubes grandes allí. El viento las está trayendo hacia nosotros.

Él – Vivimos en un clima templado. Traducido al lenguaje meteorológico, eso significa que lo peor siempre es posible. Y hasta probable a corto plazo.

Ella – Lo último de los meteorólogos es hablar de la «sensación térmica». ¿La sensación de quién? ¿De alguien friolero como yo o de quien nunca tiene frío? ¿De quien se ha olvidado el jersey o de quien lleva ropa térmica? ¡Me gustaría saber qué termómetro mide eso!

Él – Como cuando miden el estado de ánimo de la población. Dicen que esta semana ha bajado dos puntos.

Ella – Eso me deprime.

Él – Ya está lloviendo.

Ella – Prefiero no verlo... Voy a llamar a mi madre para saber si hace sol en su ciudad.

Él – ¿Ves? Justo lo que decía...

Ella – ¿Qué?

Él *(señalando el cielo, como un extraterrestre de película)* – Llamar a casa...

12. Pequeños negocios

Ella está leyendo. Él mira fijamente al vacío. Ella se da cuenta.

Ella (desconcertada) – ¿Qué estás mirando tan fijamente?

Él – La tele...

Ella – ¡Si ya no tenemos!

Él – Ya lo sé, pero... es como si me hubieran amputado las piernas y todavía notara hormigueo en los pies...

Ella abre los ojos, se concentra de nuevo en su libro y luego se vuelve hacia él.

Ella – Qué raro. Hoy he recibido una llamada para ti en mi móvil...

Él – Ah, sí, perdona, se me olvidó decírtelo. He dejado tu número en el contestador del trabajo para que puedan localizarme durante las vacaciones...

Ella – ¿Las vacaciones? ¡Pero si no nos vamos hasta la semana que viene!

Él – Así ya tienen el número...

Ella *(atónita)* – ¿El número de mi móvil? ¿Y mientras tanto voy a recibir tus llamadas de trabajo toda la semana?

Él – Tú les dices que me llamen durante las vacaciones...

Ella – ¿No sería más fácil que te compraras uno?

Él – ¿Un móvil? ¡Ni hablar! Si salgo de casa es precisamente para que me dejen en paz.

Ella – Claro, mejor que me llamen a mí para asuntos tuyos... ¡Estaba en plena reunión de profesores cuando me telefonearon para preguntar por tu artículo sobre si habría que prohibir el uso del tanga en el colegio! ¿Crees que eso no me molesta?

Él – ¿No apagas el móvil durante las reuniones?

Ella *(irónica)* – Perdona, se me olvidó... Un móvil es algo personal. No se presta. Ni siquiera entre marido y mujer. ¡Es como un cepillo de dientes!

Él – Pues si quieres utilizar mi cepillo de dientes durante las vacaciones, no tengo inconveniente...

Ella – ¡Como un ordenador, entonces! ¿Tú me prestarías el tuyo si yo no tuviera?

Su silencio es elocuente.

Ella – ¿Y después de las vacaciones?

Él finge no comprender.

Ella – ¿Seguiré recibiendo llamadas para ti? Menos mal que no tienes nada que ocultar...

Él – Al volver, diré que perdí el maldito móvil. O que me lo robaron. ¡Pasa continuamente!

Ella – ¡Estupendo! Y si llaman igualmente, me tomarán por una ladrona. ¡Te recuerdo que el móvil es mío!

Él – Si tanto te importa, me lo quedo yo y tú te compras otro.

Ella – ¿Y qué pasa con la gente que quiere llamarme a mí?

Él – ¡Les daré el número de tu nuevo móvil!

Ella – Claro, mucho más sencillo que comprarte tú uno... *(Con recelo)* ¿No será que quieres apropiarte del mío por no tomarte la molestia?

Están a punto de discutir. Se dan cuenta y hacen un esfuerzo por calmarse. Silencio.

Él – ¿Sabes cómo me llamó el carnicero esta mañana?

Ella aparentemente no tiene idea.

Él – «El señor». (Imitándolo) «¿Qué le ponemos al señor?». Nunca me había llamado así...

Ella – Es el equivalente masculino de cuando a una mujer le dicen «señora» en vez de «señorita».

Él – Da miedo, ¿verdad? Que el carnicero empiece a vernos como «el señor y la señora». Menos mal que no vamos a comprar juntos. Imagínate que nos llama «el matrimonio»... ¡Me vuelvo vegetariano!

Él – La verdad es que la carne siempre me ha dado un poco de asco. ¿A ti no?

Ella vuelve a su libro sin responder.

Él – El pollo, todavía... Pero una carnicería da miedo, si lo piensas. Esa carne ensangrentada, los animales enteros colgados en la cámara frigorífica... Esas vacas inocentes encerradas en campos rodeados de alambradas, a veces electrificadas, hasta que las llevan al matadero para descuartizarlas... Pobres animales. Menos mal que no saben lo que les espera. Y esos hombres de bata blanca que sacan los cuerpos del camión frigorífico cargándolos a hombros...

Ella sigue sin reacción, leyendo su libro. Él se vuelve hacia ella.

Él – ¿Sabías que hay religiones que defienden una alimentación vegetariana?

Ella por fin levanta la mirada de su libro.

Ella – Ah, por cierto, ya he comprado la bombilla del baño, así que no hace falta que vayas tú. También me he cruzado con la vecina. Estaba comprando una maleta...

Él la mira sin entender. El móvil de ella llama.

Ella – ¿Sí...?

Ella cambia de expresión.

Ella *(con una amabilidad fingida)* – No, soy su secretaria, pero no cuelgue, se lo paso ahora mismo. ¿De parte de quién? (Le tiende el móvil, harta.) Es para ti. Tu amigo Marcos...

Él coge el móvil como si nada.

Él – ¿Sí...?

Pero no sabe utilizar el aparato.

Él – ¿Cómo funciona esto...?

13. La edad no perdona

Ella está a un lado del escenario despidiendo a su hija, a quien no vemos. Él observa la escena desde un poco más atrás.

Ella – Pasadlo bien. Pero nada de tonterías. Y tráemela pronto, ¿de acuerdo? Confío en ti.

La hija se marcha. La pareja vuelve al centro de la escena. Intercambian una sonrisa divertida y conmovida.

Ella – Su primera cita con un chico...

Él – Eso no nos hace más jóvenes...

Ella – Sí... Se me cae el alma a los pies.

Un momento.

Él – ¿Cómo se llama el chico?

Ella – Francisco Augusto.

Un momento.

Ella – Es curioso, ¿verdad?

Él – ¿Qué?

Ella – Que se llame Francisco Augusto.

Él – Yo me llamo Juan Sebastián...

Ella – ¡Precisamente! Parece un nombre de otra época...

Él – A lo mejor es un viejo pervertido disfrazado de adolescente con granos, como en esos anuncios sobre los peligros de internet. A estas horas estará quitándose la máscara...

Ella *(volviéndose)* – No bromees con eso...

Él – O sus padres tienen gustos anticuados. De ahí el nombre...

Ella – Los tuyos te llamaron Juan Sebastián, y no tocaban el piano.

Él hace un gesto para reconfortarla.

Él – Tendrás que acostumbrarte. Esto no ha hecho más que empezar. Dentro de unos años nos quedaremos solos en casa, como un par de viejos...

Ella – Gracias. Eso es exactamente lo que necesitaba para animarme...

Él *(travieso)* – Te he preparado una sorpresa para ayudarte a superar el disgusto.

Ella – ¿Me invitas a cenar?

Él – Algo mejor.

Saca un porro del bolsillo y se lo enseña.

Ella *(tentada, pero indecisa)* – No sé... Hace por lo menos quince años que no fumo ni un cigarrillo. La última vez que lo intenté, pensé que me iba a dar algo...

Él – Nos recordará nuestra juventud. Además, fumamos nuestro primer porro juntos. ¿Estaríamos casados hoy si no hubiéramos estado completamente colocados cuando nos conocimos?

Ella – Probablemente no...

Él enciende el porro, da una calada y se lo pasa.

Él – Vaya... Esto sí que sienta bien...

Ella también da una calada y parece estar en el séptimo cielo. Pero de pronto se le borra la sonrisa.

Ella – ¿Y si el chico le ofrece drogas?

Él – Con ese nombre tan antiguo, no creo...

Ella – Tú te llamas Juan Sebastián y fuiste tú quien me ofreció mi primer porro.

Él – A lo mejor todo acaba en boda. Vamos, relájate...

Ella – Tienes razón... No podemos hacer nada. Tendremos que aprender a vivir con ello...

Él – Querrás decir a vivir sin ella...

Suena el teléfono. Ella da otra calada, le pasa el porro a su marido y contesta sin demasiadas ganas. Él sigue fumando.

Ella *(con desgana)* – ¿Sí...? *(De pronto, alarmada)* ¡Cariño! ¿Qué ocurre? Me has asustado, creía que habíais tenido un accidente... Ya veo. Bueno, tampoco es tan grave como un accidente de coche. ¿No quieres ir al cine igualmente? Te vendría bien distraerte... ¿Y si llamas a alguna amiga? Claro, ven a casa. Lo hablamos. Te esperamos...

Ella cuelga.

Él – ¿Qué pasa?

Ella – Francisco Augusto la ha dejado...

Él – No me caía bien ese chico. Tenías razón. ¡Qué nombre más ridículo!

Ella – Está destrozada... Su primer desengaño amoroso...

Él – No es para tanto. No será el último... *(Le ofrece el porro.)* Toma, da otra calada. Es buenísimo...

Ella *(sin hacer caso al porro)* – Viene para acá. Soy su madre, tengo que consolarla... ¡Ay, me da vueltas la cabeza! Me dan ganas de vomitar. ¿Por qué me has hecho fumar esta porquería?

Él está completamente colocado y sonríe como un idiota.

Él – Pues a mí me sienta de maravilla...

Ella – ¡Y toda la casa huele a marihuana!

Ella agita una revista para dispersar el humo. Llaman a la puerta.

Ella – Oh, no... ¡Es ella!

Él – ¡Maldita sea! ¿No podía esperar a que salieran del cine para dejarla? ¡Yo que pensaba que por una vez pasaríamos una noche tranquila!

Ella – Pues va a ser que no...

Vuelven a llamar al timbre.

Ella – Abre las ventanas para ventilar. Voy a retenerla un momento en la puerta... *(Vuelven a llamar.)* ¡Sí, ya voy, cariño! *(Se vuelve hacia él, que aún lleva el porro en la boca.)* ¡Y apaga eso de una vez!

14. Pesadilla

Él entra con una peluca rubia y un balón de fútbol. Ella llega por detrás con una chaqueta de hombre y un bigote como el de Hitler o Chaplin.

Ella – Guten Tag!

Él se sobresalta al descubrirla.

Él – Pero... ¿quién es usted?

Ella – Soy... la canguro.

Él parece aterrado. Ella saca un paquete de cigarrillos.

Ella *(ofreciéndole un cigarrillo)* – ¿Fuma?

Él va a cogerlo, pero se arrepiente a tiempo.

Él – No, gracias.

Ella – Natürlich. Está prohibido. Hay un cenicero, sí, pero es para que quienes no respeten la prohibición no quemen la moqueta... Así son las leyes: se prohíbe algo y, por si acaso, se prepara un remedio para quien no obedece. *(Saca un paquete de chicles.)* ¿Quiere un chicle?

Él – Me da gases...

Ella – ¿Sabe por qué están desapareciendo los grillos del metro?

Él – ¿Hay grillos en el metro?

Ella – O saltamontes, no recuerdo. Por lo visto, se alimentaban de colillas. Ahora que no se puede fumar en el metro, se mueren de hambre. ¡Han alterado todo un ecosistema! Aunque siempre podrían empezar a comer chicles...

Él – Hace poco vi una exposición sobre los animales que viven en las ciudades. Hay una fauna increíble. Dicen que incluso hay lobos. Cientos...

Ella – ¿Lobos?

Él – Bueno, solo salen por la noche, en los parques...

Ella – ¿No querrá decir zorros?

Él – Ah, puede ser... De todos modos, yo nunca he visto ninguno.

Ella – Será porque los parques están cerrados por la noche...

Se oye cerrarse una puerta. Él parece inquieto.

Ella – La mujer de la limpieza se ha marchado y ha cerrado con llave.

Él – No hay ventanas... Ni siquiera podemos pedir socorro...

Ella – ¿No tiene móvil?

Busca en sus bolsillos con ansiedad. Su cara se ilumina al sacar algo.

Él – ¡Sí! *(La sonrisa desaparece.)* No... Es el mando a distancia que llevaba días buscando...

Ella – Pero aquí no hay tele...

Él – Mañana por la mañana nos abrirá el cartero...

Ella – Mañana es Navidad...

Él – ¡Ah, es verdad! ¡Qué pesadilla!

Ella – ¿Quiere tumbarse un poco?

Él la mira aterrorizado. Ella saca una sábana blanca.

Ella – Si tenemos que pasar la Nochebuena aquí juntos, más vale ponerse cómodos... ¿Qué lado prefiere?

Él – Me da igual...

Ella – Entonces me quedo con este.

Ella se mete bajo la sábana. Él se tumba a su lado.

Ella – Bueno... ¡Feliz Navidad!

Él – Sí, claro...

La luz se apaga. Un instante después, él grita y se despierta sobresaltado. Ella también se despierta. Él ya no lleva peluca y ella ya no tiene bigote.

Ella – ¿Qué te pasa, cariño?

Él – Nada, nada... Una pesadilla. He soñado que era Navidad...

Ella *(mirándolo consternada)* – ¡Pero, cariño... es Navidad!

15. Los muebles

El escenario está vacío. Él se encuentra allí. Ella entra.

Ella *(mirando alrededor, atónita)* – Pero... ¿dónde están los muebles?

Él *(muy satisfecho)* – No te lo vas a creer.

Ella le mira, esperando una explicación.

Él – Esta mañana llamó un hombre. Un anticuario.

Ella *(inquieta)* – ¿Y qué?

Él – Primero le dije que no teníamos nada en venta.

Ella – ¿Y después...?

Él – Pensé que no perdía nada por pedirle una tasación. Era gratis. ¡No te imaginas lo que me ofreció por todos esos trastos!

Ella – ¿Cuánto...?

Él – Más de lo que necesitamos para comprar otros.

Ella – ¿Para qué los has vendido, entonces?

Él – ¡Para cambiar un poco! ¿No decías que querías un sofá nuevo?

Ella – ¿Y qué?

Él – Ya sabes que, al cambiar de sofá, habríamos tenido que cambiar también la mesa. Después las sillas, y así sucesivamente...

Ella – Bueno, quizás...

Él – Nos habría costado una fortuna. ¿Y qué hacíamos con los muebles viejos?

Ella no contesta.

Él – Así es mucho más sencillo...

Ella – ¿Y mientras tanto?

Él – ¿Mientras tanto qué?

Ella – Mientras compramos los muebles nuevos...

Él mira alrededor, al escenario vacío.

Él – A mí nunca me han gustado las habitaciones recargadas.

Ella – Pues ahora no está recargada, desde luego.

Él – ¿No estás contenta?

Ella – ¿Por no tener ni un mueble?

Él – ¡Pero tú me dijiste que ya no te gustaba ese viejo sofá!

Ella – ¡No dije que no quisiera muebles! ¡Si ya ni siquiera tenemos cama!

Él – ¡Solo quería darte una sorpresa!

Ella *(conciliadora)* – Bueno, cenemos fuera esta noche. Dormiremos en un hotel y mañana compramos los muebles. ¿De acuerdo?

Él – De acuerdo...

Silencio.

Él – Todavía tenemos que elegir el estilo.

Ella – Pues ya que cambiamos, algo moderno...

Él – Pero entonces habrá que pintar las paredes...

Ella – ¿No te parece que te complicas demasiado?

Él – Los muebles modernos no van a pegar con la pintura antigua...

Ella *(irónica)* – Pues cambiamos también de casa.

Él – ¿Tú crees? *(Una pausa)* Bueno, al menos no nos costaría mucho mudarnos. Sin muebles, cortamos el agua y la luz y nos marchamos sin mirar atrás...

Ella de repente tiene una duda.

Ella – ¿Has vaciado los cajones?

Él – Claro.

Ella – ¿Y tu alianza?

Él – ¿Mi alianza?

Ella – La que guardabas en la mesilla de noche.

Él – ¡Mierda!

Ella no dice nada, pero se nota que está muy afectada. Él está muy mal también.

Él – Llevaba allí tanto tiempo que ni me acordaba...

Silencio.

Ella – ¿Tienes la dirección del anticuario?

Él – No... Me pagó en efectivo, cargó todo en la camioneta y se fue. *(Sin demasiada convicción)* Si encuentra la alianza, seguro que nos llama...

Ella *(amargamente)* – Claro... Y si no la encontramos, siempre puedes cambiar de mujer. Una más moderna, que combine con las paredes recién pintadas y los muebles nuevos.

Él – Lo siento...

Ella – ¿Por qué nunca llevabas la alianza?

Él – ¡Sí que la llevé! *(Una pausa)* Antes de casarnos. ¿Te acuerdas? Compramos unos anillos baratos en un bazar durante aquel viaje a un país donde algunos hoteles no admitían a parejas sin casar. Así podíamos fingir que estábamos casados...

Ella – Ahora que has vendido todos los muebles, incluida la cama, tendremos que ir al hotel esta noche...

Él – No te preocupes. Aquí no nos van a pedir el certificado de matrimonio.

Ella – ¿Y después de casarnos? ¿Por qué guardabas la alianza en la mesilla?

Él – Porque tenía miedo de perderla...

Ella – Pues sí que te ha servido de mucho...

Silencio.

Él – ¿Sigues enfadada conmigo?

Ella no responde.

Él – Vamos, vámonos.

Ella – ¿A dónde?

Él – ¡Al hotel! Será como una segunda luna de miel... Sin alianza, sin muebles, ¡pronto sin casa! ¡Empezamos de cero!

Ella – Yo todavía la tengo, mi alianza...

Él – Pues casi mejor que te la quites.

Ella – ¿Y por qué?

Él – Tú pareces casada y yo no. En el hotel creerán que somos amantes...

Ella – Me das a elegir entre estar soltera y ser una mujer infiel. ¿Eso es?

Se van.

Ella – Tienes una idea muy peculiar del matrimonio...

Salida de emergencia

Un foco ilumina a una pareja entre el público. Él se pone el abrigo y ella saca un cigarrillo.

Ella *(entusiasmada)* – Bueno, ¿qué te ha parecido?

Él *(tajante)* – Mala.

Ella *(ofendida)* – ¿Mala?

Él – Malísima.

Ella – ¿No has entendido nada?

Él – ¿Había algo que entender?

Ella – Ah, ya veo... (Una pausa) Te estás vengando...

Él le echa una mirada interrogativa.

Él – ¿Me vengo...?

Ella – A mí me ha gustado y a ti no. Qué mezquino...

Él – Pero si no me ha gustado, no voy a decirte que sí solo para complacerte.

Ella – No has dicho que no te haya gustado. Has dicho que era malísima. No es lo mismo...

Él – No veo tanta diferencia...

Ella – Si la obra era mala y a mí me gustó, entonces yo también debo de ser mala.

Él – Lo dices tú...

Ella – No lo digo yo. Lo dice Platón.

Él – ¿Platón dijo que eres mala?

Ella – Se llama silogismo. Todos los seres humanos son mortales. Yo soy humana. Por tanto, soy mortal.

Él – Si lo dice Platón... A mí lo que me ha parecido mortal es la obra. *(Una pausa)* Y no estoy seguro de que tu silogismo demuestre lo que dices...

Ella – Sigue, sigue...

Él – ¿Qué es lo que te ha gustado?

Ella – ¡Todo!

Él – Eso es muy vago.

Ella – ¿Y a ti qué no te ha gustado?

Él – Mejor no entrar en detalles, porque volverás a enfadarte...

Ella – ¿Yo? ¿Enfadarme? Me da igual que no te haya gustado. A mí me ha gustado, y punto. Peor para ti si te has aburrido...

Silencio.

Él – No vamos a discutir por esto...

Ella – A veces me pregunto qué hacemos juntos...

Él la abraza por detrás.

Ella – Espero que la próxima vez nos guste a los dos...

Él – O, al menos, que estemos de acuerdo...

Ella le echa una mirada interrogativa.

Él – Quizá los dos nos aburramos...

Ella – Una idea bastante minimalista de la armonía en pareja...

Salen. Oscuro.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente
desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

París – Marzo de 2012
© La Comédiathèque – ISBN 979-10-90908-28-4
https://comediatheque.net/